

# Sensaciones de un encuentro

H. se acercó tímidamente, quizás presintiendo la respuesta, y me ofreció escribir sobre el último trabajo de Mónica Giron, su monumental *Neocriollo*. – No, gracias, y algunas explicaciones cerraron el tema. Era un alivio. Con el Neocriollo es necesario mantener las distancias. Atrae tanto como atemoriza. Aquella cera moldeada, palmo a palmo, durante más de un año, sigue siendo un enigma, una comunidad informe de cuerpos y ojos en actividad, o embriones infernales condenados al castigo de espasmos y convulsiones sin fin. Un colmenar de ojos azules mirando sin cesar. Los mismos ojos ominosos de los antiguos dioses sumeros, con sus torsos desnudos y su calvicie primera, presenciando desde siempre la tarea cotidiana de los hombres.

Trazo sobre trazo, huella sobre huella, el hierro caliente sobre la cera, racimos de cabezas; figura frágil en sus abundancias, o indestructible en su multitud de extremidades, aparece envuelta por el fuego, entre costurones y suturas, o el toque abrasador del metal la acompaña en sus alumbramientos. Inquietante, soberbia en su serenidad, dúctil en su materia, vigorosa en su presencia. Intrigante parturienta con sus huecos oscuros, rumiante en sus repeticiones, cristalina en su silencio.

Giron modelando. Una imagen reciente y antigua, resonancias singulares, matrices espejadas, esqueletos escondidos; rocas y fósiles, montañas y arrecifes, topografías del tiempo, alquimia del espacio, paseos del alma. Sensaciones extremas, ofrenda o sacrificio, deformación o metamorfosis. Un roce fraternal con la escultura y sus heredades, y con el objeto y sus sentidos. La cera perdida, el retorno del oficio, el desvío del taller a épocas pasadas y aprendizajes manuales. Capa sobre capa, resto sobre resto, el *Neocriollo* exige insaciable, pero paciente, más velos para su piel, más cuidados para sus sentimientos. Giron sigue con el ritual laborioso, marca sobre marca, gesto sobre gesto.

Recuerdo el primer encuentro. El taller estaba tranquilo y ordenado. La luz era clara. Quizás un atardecer estival. En un rincón cubierto en sus secretos, plantado en la tierra, gigante en su apariencia, el *Neocriollo* expectante se mostraba misterioso, imposible de adivinar. Acostumbrado a las mudanzas de Giron, sabía que me enfrentaba a otra de sus mutaciones, Artista extraña, siempre entre viajes inesperados. Los relatos previos sólo habían anunciado la fatiga del trabajo, la obsesión habitual, la insistencia de ideas y ensayos, de complicidades y desconciertos, de entusiasmos y placeres conquistados día a día, paso a paso.

Estaba preparado para sentirme perdido, para descubrirme rodeado de sensaciones y de reclamos inexplicables. Todavía me eran familiares la ternura y los temores contemplando sus dibujos de enormes bebés recién nacidos, flotando en el blanco de los papeles, iluminados por la marginalia de geometrías rojas, amarillas, verdes y azuladas, con sus brillos prestados por el óleo y sus espesores.

Como otras veces, el silencio era lo más adecuado, o el único estado posible frente a lo desconocido y lo incomprendible. Necesito tiempo. Siempre las labores de Giron necesitan tiempo. El problema no está en la sorpresa, sino en la densidad entregada. No hay atajos ni evidencias que aceleren la presentación. No hay comentarios que alivien el encuentro con su imaginario hallado en otros mundos.

Siguiendo su caminar entre los rumores acerados de Buenos Aires, las largas noches bálticas y la desmesura patagónica, es posible adivinar muchos diálogos solitarios abrigados por lápices, cerámicas, tierras, frazadas, cortezas y tejidos. Sin embargo, sus haceres vienen de dimensiones menos visibles, de murmullos asoleados por viajes interiores, por alucinaciones que no palpitan ni en el sueño ni en la vigilia. Ser pasajero de los astros y nómada de los significados, supone otros andares y otros hospedajes.

Línea sobre línea, intentando demorar el encuentro. Pero, el *Neocriollo* es ya ineludible.

Aquella tarde en el taller y hoy, en otra tarde de estío, sentado frente a las maravillas de su cuerpo patinado en luces y sombras, sin ojos, perplejo pero posible de acariciar y sujetar entre las manos, fundido en la solidez del bronce, el *Neocriollo* sigue robando todas las palabras. Pequeño y estable, convertido en objeto, despojado de sus membranas de cera y enceguecido, aún así, desterrado a una convivencia cotidiana, el *Neocriollo* regresa con sus potencias de otros mundos. El estupor crece y la imagen de su origen resplandece. La pesadilla se multiplica. La morfología del *Neocriollo* se amplifica y muestra sus expansiones. No hay refugio ni silencios hogareños; no hay debilidades ni simplicidades domésticas, para entregarse a la calma y la indolencia. El *Neocriollo* como una crisálida siempre en primavera, se replica en su vida mundana. La fortaleza del bronce no detiene sus variaciones de cuerpos y olores. El metal se vuelve inútil, el fuego ya lo modeló una vez y ahora regresa inmune, vital y provocativo desde las llamas del caldero; sinuoso y suave en sus curvas, pesado y rotundo con su base turbulenta. Una ilusa prolongación para sostenerlo, que es raíz nutricia que lo conecta con su ser original, que descansa opulento en el taller de la artista. Un artefacto perfecto que transitó de las transparencias de la cera a la tensión fulgurante del bronce.

Y siguen los desvíos para evitar el primer descubrimiento, el primer miedo frente al *Neocriollo* de los mil ojos azules y un centenar de cabezas.

Sin palabras y atrapado entre sus formas, frente a la humanidad descubierta en su amanecer tembloroso y primario, se siente la invitación o la expulsión, la expresión o el vacío. Presencia de otra dimensión, la posibilidad del deseo, el llamado de los sentidos y el sentimiento, las acciones del alma y del cuerpo. Un ser naciente, construido trama sobre trama, encendido por el calor del fuego, radiante en sus amorosos reflejos de cera. Un cuerpo, y un sin fin de cuerpos, entregados al don de su propia existencia, con la sabiduría compartida y la mirada apacible reconociendo al otro en su diferencia, saboreando lo astral y lo terreno. Uno y muchos, el llo nació hace años cuando Xul Solar, dedicado al ocultismo y la astrología, creaba una nueva lengua artificial y revelaba las singulares meta-

morfosis del hombre futuro.

Poco después, el astrólogo, que pintaba de tarde en tarde, imaginado por Leopoldo Marechal, describía al *Neocriollo* en las páginas del Adán Buenosayres.

“... yo no he inventado el *Neocriollo*: el *Neocriollo* será el producto natural de las fuerzas astrológicas que rigen a este país”, decía Xul / Schultze con calma, y explicaba, el *Neocriollo* tendrá ojos periscópicos, el derecho lo hará santo y el izquierdo científico; con el oído derecho captará la música celestial, con el otro la música terrena, y ambos tendrán la forma de dos embudos microfónicos; con su nariz respirará el furor destructivo, por un lado, y el furor amante, por el otro; la lengua será una cinta larga y flexible, órgano del gusto y de la expresión. La piel será una gran superficie que caerá en frunces y repliegues. El *Neocriollo* tendrá, además, cinco sentidos de la Acción y uno del Sentimiento. La palabra, las manos, los pies, el tubo digestivo y los instrumentos de la generación serán los órganos de la Acción; su idioma será poético y metafísico, sin lógica ni gramática, y se nutrirá de perfumes y rocíos.

El ingeniero Valdez, preocupado, ya le había advertido a Xul:

-Usted anda inventándolo todo. Primero el idioma de los argentinos, después la etnografía nacional, ahora la música ¡Ojo! Ya lo veo con una llave inglesa en la mano, queriendo aflojar los bulones del Sistema Solar.  
-El Gran Demiurgo –le respondió Schultze- nos da el ejemplo al modificar incesantemente su obra.

Mónica Giron decidió explorar la carta natal de la Argentina, y modeló un *Neocriollo* que se mueve entre la agonía y la resurrección, la ternura y el espanto, el hogar y el destierro. Los clamores del gigante se oyen entre el Sol y la Luna, entre Saturno y Marte. Imposible la convivencia, impensable la lejanía. Quizás en sus metamorfosis llegue la restitución. El *Neocriollo*, impasible, desde la niebla y la luz, sin promesas y sin profecías. Aún no es el tiempo de la revelación.

Marcelo E. Pacheco

11 de febrero de 2010, 0,15 horas,  
Buenos Aires